



Guerra, capitalismo y nación

Ana Clarisa Agüero

SERIE AÑOS CRUCIALES

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

1852

Guerra, capitalismo y nación

ANA CLARISA AGÜERO

1852
Guerra, capitalismo y nación

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Agüero, Ana Clarisa

1852 : guerra, capitalismo y nación / Ana Clarisa Agüero. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025.

146 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades . Años cruciales ; 7)

ISBN 978-987-630-809-0

1. Historia. 2. Historia Argentina. I. Título.

CDD 982

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2025

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Provincia de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@ungs.edu.ar

www.ungs.edu.ar/ediciones

Serie Años Cruciales

Director: Ernesto Bohoslavsky (IDH-UNGS)

Comité Editorial:

Susana Bandieri (UNCO, CONICET)

Alejandro Cattaruzza (UBA, UNR, CONICET)

Gabriel Di Meglio (UBA, CONICET)

Alejandra Fernández (ICI-UNGS)

Daniel Lvovich (IDH-UNGS, CONICET)

Valeria Manzano (UNSAM, CONICET)

Diseño gráfico de la serie: Daniel Vidable

Diseño de tapa y diagramación: Daniel Vidable

Corrección: Guillermina Canga

Imagen de tapa: detalle del mural *La Batalla de Caseros* (1939), obra de Alfredo Guido (1892-1967), ubicado en la sala del Honorable Concejo Deliberante de Morón.

Tipografías:

Unna | Jorge De Buen & Omnibus-Type Team

Saira | Gatti & Omnibus-Type Team

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en Ediciones América

Abraham J. Luppi 1451, (1437)CABA, Argentina,

en el mes de junio de 2025.

Tirada: 300 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación de la serie	9
Agradecimientos	11
Introducción	
Un año que comienza en febrero	13
Capítulo 1	
El tiempo nervioso de la política.....	19
Capítulo 2	
El tiempo largo de la economía y la sociedad (inflexiones)	59
Capítulo 3	
El tiempo moroso de la cultura (despantes)	81
Cierre	
Vidas paralelas. La Confederación y Buenos Aires en el umbral de treinta años de discordia	113
Coda	
1852 como pasado presente.....	121
Bibliografía y documentos históricos.....	129
Cronología para entender 1852	139
Biografía de la autora.....	143
Historia de una imagen	145

Presentación de la serie

*La gente cree que la historia es algo que sucede a la larga,
pero la verdad es que se trata de algo muy repentino.*

Philip Roth, *Pastoral americana*, 2000

Esta serie está compuesta por libros que se centran en un año decisivo de la historia del actual territorio argentino entre 1776 y 2001. Ofrecen una reconstrucción de lo ocurrido en cada año, pero también de cómo fue recordado por las generaciones posteriores y representado en las películas, los manuales escolares y las canciones. Algunos años son más famosos e inevitables que otros (como 1810, 1930 o 1976), y otros son mucho más una apuesta por convencer a los lectores de que algo importante había ocurrido entonces y no lo habíamos tomado suficientemente en consideración.

¿Por qué la historia de un año? El año es una unidad natural del tiempo, es la vuelta de la Tierra alrededor del Sol. Pero también es una medida muy usada en nuestra cultura: organiza la memoria (“nací en el sesenta y tres / con Kennedy a la cabeza” o el más tanguero “yo soy del treinta / cuando a Yrigoyen lo empalurdaron”) y los relatos que solemos desplegar. Y si bien hay muy buenos libros de historia argentina basados en años como *El 45: crónica de un año decisivo*, de Félix Luna (1969), o *En Buenos Aires 1928*, de Francis Korn y Martín Oliver (2017), en general los historiadores nos sentimos más cómodos con otras unidades temporales que permiten comprender mejor los procesos sociales y económicos, las repeticiones y continuidades, como por ejemplo: “los gobiernos radicales (1916-1930)”, “el ciclo de inestabilidad política (1955-1983)”, la “década infame (1930-1943)”, entre otras fórmulas utilizadas.

No es esta una historia exhaustiva del país como la que ofrecen otras series consagradas, sino de sus años más importantes, aquellos en los cuales se produjeron cambios relevantes y muchas veces irreversibles para la fisonomía política y económica de la vida en esta parte del planeta. Para esta tarea fue convocada una decena y media de notables investigadoras e investigadores de la historia

de nuestro país. Además de ser especialistas en los períodos que interesan en cada tomo, se trata de autoras y autores que trabajan en distintos puntos de la Argentina: confiamos en que esa diversidad geográfica estimulará lecturas más sensibles sobre las diferencias entre los pasados de las regiones y las provincias, y nos dará un retrato más completo, más federal, del pasado argentino.

A grandes trazos, los autores y las autoras de esta serie examinaron cada año bajo dos coordenadas: ya sea como objeto de análisis en sí o como muestra de fenómenos más amplios que se articularon en una coyuntura. Quienes tomaron la primera de las opciones se interrogaron acerca de cuándo y por qué se considera que empezó y terminó un cierto año, y qué es lo que hace que ese sea un año crucial en la historia nacional: ¿cuándo acabó 1983, por ejemplo?, ¿con el juicio a las tres juntas militares en 1985?; ¿cuándo comenzó 1880?, ¿fue acaso con la campaña militar del general Roca el año anterior? Es una especie de historia total e intensa de un tiempo corto. En cambio, el segundo camino analítico señala cómo fue que tendencias de distinta profundidad, naturaleza y ritmo (la economía, la cultura, la demografía, etc.) quedaron anudadas bajo el tiempo corto y nervioso de doce meses de la política. Esta es un tipo de historia corta de procesos largos.

Podría plantearse que la historia de un año conspira contra la percepción ajustada de procesos no regulados por el tiempo burocrático del calendario. No creemos que sea así: esta serie parte de la idea de que esa dicotomía puede ser salvada o esquivada a través de textos que expliquen por qué se seleccionaron algunos años, cuál fue su relevancia y cómo ellos dejan ver procesos de fondo más lentos o más silenciosos. Quienes lean estos libros tendrán, como siempre, la respuesta acerca de si esta apuesta, finalmente, satisfizo sus inquietudes.

Esta serie fue inicialmente diseñada a fines de 2019, en buena medida inspirada en la colección “Años que cambiaron la historia del Paraguay” que publicó el diario *ABC Color* en Asunción. Sin embargo, los efectos de la pandemia retrasaron las tareas de investigación, escritura y trabajo editorial que se habían imaginado. En definitiva, la serie chocó de frente con un año crucial, el 2020, que vino a recordarnos a los humanos no solo la existencia sino la relevancia, a veces agazapada y “algo repentina”, del cambio, o sea, de la historia.

Ernesto Bohoslavsky
Director de la serie “Años Cruciales”

Agradecimientos

A quienes siguen reescribiendo esta historia. A quienes facilitaron, leyeron y orientaron, aunque no sepa satisfacer; a quienes acercaron ríos y ciudades y recorrieron calles y estatuas conmigo: Anahí Ballent, Ernesto Bohoslavsky (también por el convite), Beatriz Bragoni, Lila Caimari, Mariana Canedo, Elsa Caula, Alejandro Eujanian, Judith Farberman, Norma Fatala, Ulises Fernández Róveda, Diego García, Adrián Gorelik, Paula Molina Ordóñez, Mariela Puga, Hilda Sabato, Damián Santa y Marcela Ternavasio. Al seminario 2022 de la cátedra de Historia Argentina I de la Escuela de Historia de la FFyH-UNC. A Norma Pavoni, por el siglo XIX.

Introducción

Un año que comienza en febrero

Es la mañana del 3 de febrero de 1852 y cerca de 50.000 hombres se aprestan a la guerra en Monte Caseros. Infantería y artillería, caballería... Dos ejércitos casi parejos y, en lo fundamental, bien pertrechados. De un lado, las fuerzas bonaerenses lideradas por Juan Manuel de Rosas; del otro, el llamado Ejército Grande Aliado de Sud-América, con divisiones entrerrianas, correntinas, brasileñas y orientales, al mando de Justo José de Urquiza. Es la mayor movilización militar rioplatense hasta la fecha. Largamente preparado, el enfrentamiento se anuncia arduo y fragoroso, pero se resolverá en cuestión de horas.

Según el “Parte Oficial” suscripto el día 6 por Benjamín Virasoro (gobernador de Corrientes y segundo jefe aliado), fue un temprano movimiento ordenado por Urquiza (“audaz” y “premeditado”) el que inclinó la batalla: el refuerzo del flanco derecho de caballería y su avanzada sobre una frágil izquierda enemiga, sostenida por los movimientos del resto de la línea (Victorica, 1986: 20). Tras la firma, otras habrían sido las plumas del Parte, pero eso no importa todavía. Con matices, también las ulteriores memorias de César Díaz (jefe de la División Oriental) conceden ese acierto táctico respecto del punto de aplicación, casi un golpe de inspiración militar ante la vista de la formación adversaria. Urquiza, por su parte, había alimentado ya el recuerdo de esa avanzada en su encargo al pintor uruguayo Juan Manuel Blanes; y así *Batalla de Caseros. Carga de caballería* (1856/57) ingresó a la serie de escenas militares que lo celebran en el Palacio San José, próximo a Concepción del Uruguay, y aún pueden verse allí (Amigo [cur.], 2008: 38).

Ciertos testimonios, comenzando por el de Díaz, remiten la rapidez del combate a errores estratégicos graves en la formación bonaerense, a la

juventud e inexperiencia de una tropa en parte improvisada –también más sensible al pánico– y aun a defecciones y delaciones. Esto no desentona con algunos de los datos asentados en el Parte: en ese costado habrían quedado las armas de 20.000 hombres y 7.000 presos y, aunque el número de muertos no se consigna, es generalmente considerado discreto para el tenor de la batalla. Con todo, la proclamada “humanidad” de los vencedores en el campo debe añadir a ese balance las ejecuciones ulteriores: ejecuciones implícitas en la referencia a la represión “ejemplar” de los saqueos protagonizados por derrotados en desbande (a quienes se acusa de haber querido “mancillar la gloria del Ejército Grande”), pero también practicadas respecto del regimiento sublevado que había estado a las órdenes del coronel Aquino y de otros hombres, incluidos algunos jefes del ejército bonaerense.

Poco apta para la imaginación épica o romántica, para quienes entonces estaban lejos del campo de batalla y las alternativas políticas Caseros debió aparecer como un diamante oscuro: era la derrota sumaria de quien había parecido indestructible y, para toda una generación, siempre había estado allí. Remate exitoso de muchos movimientos e intentos frustrados, su importancia política se revelaría casi de inmediato, mientras que su significación histórica, incluso memorial, no haría sino crecer en perspectiva. En este sentido, Caseros, una batalla inesperadamente breve, resultará notablemente larga.

En términos políticos, esta representó la caída de un ordenamiento de más de dos décadas: por un lado, del gobierno de Rosas en el estado de Buenos Aires, cuyos rasgos definitorios se habían forjado especialmente desde 1835; por otro, de la larga hegemonía rosista sobre la Confederación nacida del Pacto Federal de 1831, merced a la temprana disolución de su Comisión representativa y a la concentración fáctica de poder en Rosas, a partir del encargo de Relaciones Exteriores. Esa caída, largamente anhelada y ensayada sin suerte por los intelectuales en el exilio, por el unitarismo, por cada vez más federales y también por otros estados sudamericanos o europeos que veían comprometidas sus propias posiciones y ambiciones, prometía a su vez ser la puerta a la definitiva constitución política del país; como en efecto lo fue, aunque no sin obstáculos. Así, retrospectivamente Caseros aparece como la inmediata bisagra a la experiencia republicana argentina a una escala nacional, experiencia que beberá de las “provinciales” que la precedieron al tiempo que reposará en una Constitución novedosa para estas latitudes, marcada por la yuxtaposición de soberanías legada por el segundo diseño norteamericano. Y si esa experiencia, encarnada en

la Confederación Argentina, deberá sobrellevar casi diez años la secesión del estado de Buenos Aires, la relevancia de 1852 se subraya por el hecho de que este no podría retornar sin atender las nuevas condiciones abiertas por aquella batalla: la Constitución y el diseño institucional que esta había habilitado, la libre navegación de los ríos y la reorganización de los recursos fiscales o la experiencia concreta de formación de una élite dirigente de tenor nacional. En un orden a la vez más específico y más general, miradas recientes han reconocido también en Caseros un punto de inflexión de un proceso más largo: aquel por el cual la *sociedad guerrera* surgida de la revolución descubriría no solo la necesidad de regular y profesionalizar la guerra, sino también su propio cansancio y sus renovados umbrales de tolerancia a las formas cruentas que hasta allí la habían marcado (Rabinovich y Zubizarreta, 2020).

Pero parte de la significación de Caseros se dirimiría también en el terreno de las representaciones cruzadas, políticas, historiográficas y memoriales, que comenzaron a acumularse desde el propio suceso. Si, en lo inmediato, las discusiones girarían en torno a si Urquiza había o no mostrado genio militar, si era o no el hombre que requería la hora, e incluso si había sido o no una gran batalla (temas dilectos de Domingo Faustino Sarmiento, gran tallador y desencantador de Caseros), en la medida en que esta fuera vista como liminar se reavivaría la disputa sobre su efectivo significado, el protagonismo relativo de los actores, los errores y los excesos. Canonizada por la historiografía liberal como hito del derrocamiento de la “tiranía” y paso a la era constitucional argentina (aunque Bartolomé Mitre y Vicente F. López siguieran batiéndose como en la legislatura bonaerense de 1852), esa batalla también sería central en ciertas reconsideraciones tempranas –como las de Adolfo Saldías o Ernesto Quesada– y, especialmente y bajo signo inverso a la primera, para la tradición revisionista. Así, desde los años treinta del siglo XX y dentro de un renovado vínculo entre historia y política, comenzarían a acumularse lecturas negativas de una contienda ahora identificada con la injerencia extranjera, el europeísmo y la entrega; es decir, como la contracara de la reválida nacionalista de los caudillos (Rosas en especial) y el primer federalismo, practicada por una figura como Julio Irazusta. Como muestra de los tránsitos, Halperin Donghi (2003: 59 y 83) ha subrayado que, en 1934, mientras Arturo Jauretche entendía que la insurrección radical de la que participaba era heredera de Caseros, *La Gaceta de Buenos Aires*, siguiendo a los hermanos Irazusta de *La Argentina y el imperialismo británico*, señalaba

en ella la puerta a “una conquista comercial, una colonización descarada [...] una entrega que acabaría por poner en manos extranjeras nuestra riqueza agropecuaria y todos los medios para su transporte”.

En parte de ese modo, Caseros (y con ella 1852) prolongó su vida mucho más allá de los sucesos que remató o habilitó, alimentando lecturas más o menos instrumentales de la historia, pero ofreciendo un eslabón cierto y polémico entre pasado y presente. Avanzado el siglo XX, a aquellas maticadas posiciones seguiría la persistencia inestable y finalmente larvada de tradiciones de interpretación que, aunque pudieran crisparse en ciertos anudamientos con la política, acompañarían la creciente baja de tensión histórica que enmarcó también el último gran momento de nuestra disciplina. Retengamos de ese momento un convite regular del propio Halperin: pese a lo insatisfactorio de muchas respuestas, convendría no desestimar ciertas preguntas. Retengamos también que, pese a la señalada distensión, 1852 sigue siendo uno de los años con mayor carga política del siglo XIX.

Este trabajo propone visitar el año 1852 tomando Caseros como umbral y, si se quiere, privilegiando lo que inaugura sobre lo que remata. A la vez, sugiere estirar la vista hasta el 1º de mayo de 1853, fecha de la sanción de la Constitución nacional que acompañaron todas las provincias, excepto Buenos Aires. Dado que entre una y otra fecha se definen tanto un horizonte de posibilidades como sus límites inmediatos, se espera que ese mirador de quince meses acerque al pulso de ese “año bisagra” (Sabato, 2012) y exponga algunos de los fenómenos que anuda.

El corte es ante todo político, pero no es menos cierto que, en esa coyuntura, el diálogo con las dimensiones más duraderas de la economía, la sociedad y la cultura resulta no solo muy estrecho, sino también muy visible. Caseros, indiscutible hecho de voluntad política, es a la vez expresión de intereses regionales e impulsos internacionales muy concretos; su resolución allana el proceso constituyente que el rosismo había obturado, pero este ofrecerá tanto una matriz a la organización nacional (ciertamente conflictiva) como una más ambigua vía de integración al capitalismo en expansión, cuyos centros presionan desde el propio estuario del Plata. Los ríos que abre reclaman los vapores que esa industria multiplica; por ellos fluirán desde entonces capitales excedentes en busca de colocación

rentable y también unas más vastas corrientes humanas que la industrialización, el conflicto o la escasez que los europeos expulsan y el llamado “desierto” invoca.

Si el impacto de esa aceleración del *comercio* de bienes, ideas y personas, o los procesos de concentración y acumulación que alimentó, escapan en gran medida a nuestro año, no ocurre lo mismo con muchas de las proyecciones *civilizatorias* que llevaron a la guerra y se embarraron en ella, en busca de una transformación que pronto se mostraría tan inequívoca como incontrolable. La propia Constitución sancionada en 1853 remata o invoca, en términos jurídicos, buena parte de aquellas proyecciones. Vista retrospectivamente, la acusada transformación que, en todos los órdenes, late en nuestro año permite pensarlo dentro de esos momentos centrales pero esquivos en que *también* las estructuras cambian. De allí, en gran medida, la expectativa de que el tiempo corto de 1852 permita tirar productivamente las cuerdas de fenómenos de ritmo más lento.

Siguiendo, entonces, el convite de la serie “Años cruciales”, este libro busca revisitarse la historia argentina adoptando la escala del año; en este caso, un año definido analíticamente. A diferencia de otros, respecto de 1852, este no es un ejercicio propiamente nuevo. Aquí, sin embargo, ese ángulo intentará ser el todo, organizando la vista de variados fenómenos. En lo fundamental, el libro reposa en la prolongada tarea de otros colegas consagrados a la etapa, sumariamente referidos en la bibliografía final. Aspira, a la vez, a ofrecer algunos pasajes novedosos sobre la historia cultural e intelectual argentina, área de trabajo de quien esto escribe.

La estructura sigue la pauta en general: un capítulo consagrado a la historia política de aquel 1852, en cierto modo ordenador, en que el tiempo corto del evento despunta cargado de prolongados dilemas; otro, a ciertas inflexiones relevantes de la economía y la sociedad, expresivas de las fuerzas que Caseros puso en movimiento o allanó dentro de un variado y desigual tablero étnico, regional y social, comenzando por las del capitalismo en expansión; el último dedicado a algunos elementos significativos de la cultura de un año, concebida en un sentido muy amplio aunque parejamente sensible a la política; finalmente, un cierre que apenas busca señalar las sendas anudadas e inauguradas por 1852, año en el cual, más cabalmente que en otros, lo viejo no ha muerto y lo nuevo no acaba de nacer.

La breve coda que sigue es y no es parte del libro: son apenas algunas notas sobre la vida de 1852 en sucesivos presentes.

La colección **Humanidades** de la Universidad Nacional de General Sarmiento reúne la producción relacionada con las temáticas de historia y filosofía, enmarcadas en las líneas de investigación de la Universidad, siempre en vinculación con el desarrollo de nuestra oferta académica y con nuestro trabajo con la comunidad. Dentro de esa colección, la serie **Años cruciales** se propone abordar la historia de los momentos más relevantes y tumultuosos de nuestro pasado, entre 1776 y 2001.



Ana Clarisa Agüero ofrece en este libro una pintura de un año trascendental de la historia argentina. La batalla de Caseros cierra la hegemonía rosista e inaugura la era constitucional y la forja de una dirigencia abocada a la organización nacional. Se consolida una nueva configuración productiva, social y territorial porque el litoral se afirma como la región mejor conectada con el capitalismo de la revolución industrial. En ese proceso, la apertura de los ríos interiores fue decisiva para la expansión de la ganadería y acceder a las rentas de los puertos. Los debates se concentraron sobre el diseño político a adoptar y el fomento de la inmigración y de la educación, pero también en comprender –y de ser posible reducir– el lugar que había tenido la violencia en la política rioplatense desde 1810.

Colección Humanidades

Universidad Nacional
de General Sarmiento 



Libro
Universitario
Argentino

